



Revista Conflicto Social - Año 9 N° 16 - Julio a Diciembre de 2016

Editorial

Movimientos globales de población, migraciones y conflicto social.

Cuando este N° 16 esté ya circulando en el mundo virtual, a disposición de nuestros lectores, no sólo habremos iniciado nuestra primera década de existencia, sino que habremos comenzado la celebración del *centenario de la Revolución*, la gran revolución proletaria que –bajo la mirada atenta de Lenin, Trotski y otros revolucionarios– se propuso cambiar el sistema de desigualdad y explotación entre los hombres. Tal como había ocurrido con otros procesos insurreccionales, había estado precedida de otras revoluciones que también se propusieron enmendar grandes injusticias sociales. Todas ellas eclosionan en los comienzos del capitalismo. Aún cuando cubrieron ciclos aparentemente cortos en la historia de Occidente, merecieron una mirada analítica profunda de sus contemporáneos. La primera de ellas, la francesa, nos legó sus consignas, al punto que la memoria de nuestros pueblos ya no las podrían cambiar: Libertad, igualdad, fraternidad. Nos legó sus símbolos, como el gran himno nacional libertario –la Marsellesa– que los soldados del sur de Francia usaban para marchar, y que los parisinos adoptaron como propia; y la bandera francesa con sus colores rojo, azul y blanco. Y el gorro frigio rojo como símbolo de la libertad, que figura en varios de los escudos de los países de América Latina, incluido el nuestro. Y nos legó los principios –la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789– que marcarían

para siempre el fin de una época , el feudalismo, y el inicio de otra , la modernidad, con la división de poderes y la presencia abigarrada del pueblo en la Asamblea, que sería el futuro parlamento. Todavía era el siglo XVIII, y produjo el cambio de régimen: del “antiguo” régimen feudal de la monarquía oligárquica a los duros y difíciles pasos incipientes de la República que, aquellos que intentaron volver en el siglo XIX a recuperar los nombres, el boato y los uniformes imperiales, advirtieron una y otra vez que ya no sería posible. Y quienes, ya en pleno siglo XX, quisimos recorrer con curiosidad los lujosos y enormes pasillos de Versailles sólo pudimos ver las huellas de la violencia que enarbolaba el pueblo cuando recorría los lugares prohibidos. Ni doscientos años después ha sido posible restaurar completamente los daños irreparables producidos por la furia del pueblo en aquellos días en que se sentía burlado en sus demandas. Sobre todo las mujeres – las *furias*– que arrasaron todo a su paso como respuesta a que los varones revolucionarios no las habían incluido en la Declaración de derechos¹, obligaron a Luis XVI y su familia a dejar el Palacio y refugiarse en las Tullerías, pocos días después de iniciados los agitados días que siguieron al 14 de julio de 1789. Pero en 1792, el parlamento –la Asamblea- invade las Tullerías. Toma prisioneros a Luis XVI, y a María Antonieta (su mujer, austríaca). El rey es guillotinado el 21 de enero de 1793 y María Antonieta el 19 de octubre del mismo año. Austria y Prusia le exigen a Francia que restaure la monarquía, y le declaran la guerra, cuando ya había sido instalada la Primera República. El Parlamento o Asamblea estaba formado en ese momento por comerciantes, tenderos, artesanos y campesinos de toda Francia, es decir por la burguesía media y pequeña, enfrentada a la nobleza y a las capas más altas de burguesía. Es en esos días de 1793 que el

¹ Olimpe de Gouges fue la primera mujer que reclamó por esa exclusión. Escribe los Derechos de la Mujer y de las Ciudadanas y por ello Robespierre la hace detener y ejecutar en 1793.





Comité de Salvación –un grupo del Parlamento conducido por Maximiliano Robespierre, un revolucionario apoyado en los grupos jacobinos, las fracciones populares más movilizadas– inicia la llamada *época del terror*. Se estima que –con el auxilio de la guillotina– eran ejecutadas unas 10.000 personas por día en toda Francia. Finalmente, en 1794, el Comité de Salvación, atemorizado por el giro cada vez más violento de la reacción popular, apresa también a Robespierre y lo ejecuta en julio de 1794.

A diferencia de Inglaterra, que había resuelto gran parte de sus problemas políticos en los siglos XVI y XVII, en Francia las nuevas clases emergentes del incipiente capitalismo, sin experiencias previas de conducción parlamentaria exigen de golpe que se realicen todos los cambios revolucionarios. Desde la Alta Edad Media, Inglaterra contaba con una tradición parlamentaria altamente respetada por el pueblo y por la realeza, por la cual se aceptaba que el rey debía contar con el apoyo de grupos parlamentarios para gobernar. Enrique VIII había roto con la autoridad papal católica ya en el siglo XVI, creando la iglesia anglicana, y las confrontaciones relativas a la religión de sus reyes se resolvían internamente ó colonizando diversas regiones, como es el caso de Irlanda. A diferencia del continente europeo, Inglaterra no fue gobernada por monarquías absolutas, lo cual le permitió un desarrollo capitalista sin grandes conflictos internos.

Así, mientras Inglaterra promovía en distintas regiones de América Latina las actividades económicas de los productos que necesitaba –cereales y carne en nuestra pampa húmeda, azúcar en Tucumán, frutas, mandioca y carne bovina en Paraguay– creaba al mismo tiempo los territorios para exportar sus productos industriales.

Las ideas, los valores y los símbolos en cambio, provenían de la revolución francesa: los movimientos independentistas comienzan en América Latina a comienzos del siglo XIX, y desde nuestro territorio se expanden hacia el oeste, por mar y tierra, como en la campaña de San Martín. Y las grandes migraciones de obreros desocupados del sur de Europa recién se producen desde comienzos del siglo XX.

Nos hemos detenido tanto en esta revolución, la revolución francesa, porque, como todos los grandes movimientos sociales, expresan notables conflictos, marcan cambios de época, y muestran a la sociedad profundamente enfrentada entre fuerzas sociales antagónicas por razones de exclusión, o de injusticia distributiva, xenofobia o racismo.

Los años de los que estamos hablando constituyen un período histórico de grandes y profundos cambios. Sabemos, porque la teoría nos lo enseñó después, que los cambios en el modo de producción son acompañados por procesos revolucionarios, y grandes desplazamientos de población. Sabemos que las capas sociales o clases que dominaban en un momento pasan a ser subordinadas en otro, y que este pasaje puede ser provocado por el poder gubernativo o por las miserias de una guerra. Pero estas son las razones expulsivas.

Del mismo modo pesan también las razones atractivas: las migraciones –y los migrantes- siempre forman parte de las capas subordinadas de una región, y si en el siglo XIX identifican los territorios de origen y de destino, también identifican los valores de quienes migran, la búsqueda de cambios políticos, de libertades, de elevación moral y cultural de las generaciones jóvenes.





La Revolución Francesa, la primera, fue un cambio de época: terminó con el Antiguo régimen, terminó con el Absolutismo en el mundo occidental, e inauguró otras formas gubernativas, más afines al capitalismo, que se estaba desarrollando desde el mundo feudal.

Durante el siguiente siglo XIX se producen una serie de movimientos insurreccionales –1830, 1848, 1871- todos ellos iniciados en Francia y llamados “revoluciones”, pero que vistos a la distancia eran en realidad períodos de violencia en la lucha de clases, iniciadas por las fracciones de burguesía y pequeña burguesía representadas en la Asamblea y por un movimiento obrero que se estaba consolidando, por un proletariado que iba tomando conciencia de sí a medida que avanzaba el capitalismo. Así se producen las jornadas de 1830 en París, que preceden en menos de dos décadas a las revoluciones de 1848, que son las que Marx y Engels pudieron ver y teorizar. Todas ellas involucraban nuevos territorios, nuevos países. Conocidas como la “primavera de los pueblos” por diversas fracciones de sus burguesías, todas ellas nacían en Francia pero se extendían rápidamente a los espacios próximos. Bélgica, Holanda, Austria, Alemania, Hungría, Italia, y diversos pueblos de Europa Central, vivieron estas “revoluciones”. Salvo Francia, ninguno de esos países eran estados en 1848. Estos movimientos acabaron con la Europa de la Restauración, y sobre ellos reflexiona Marx: “¡Gloriosa civilización ésta, cuyo gran problema estriba en saber cómo desprenderse de los montones de cadáveres hechos por ella después de haber cesado la batalla!”²

Luego de la guerra franco-prusiana (1870-1871), la desinteligencia entre Bismarck y Napoleón III –que había sido derrotado en las elecciones de la nueva Asamblea y sustituido por el

² Marx, K.; La guerra civil en Francia, (1871), leído y aprobado por la Asociación Internacional de Trabajadores, París, Londres (1871) y Berlín (1891).

gobierno provisional de Thiers- hace que Bismarck rodee París si no se aceptaban sus condiciones, sitio que duró 4 meses entre enero y mayo de 1871. El pueblo de París –tanto la clase obrera como las fracciones de pequeña burguesía que todavía estaban representados en la Asamblea- representados por la Guardia Nacional, cuyos soldados eran el ejército popular, toman la conducción del gobierno dispuestos a mantener la república. Los dos meses que van de marzo a mayo de 1871, fueron un modelo de gobierno proletario y de avanzada socialista: la Comuna de París. Hasta que las tropas de Thiers y de Bismarck se unen en Versailles y avanzan sobre París, produciendo una verdadera masacre contra los miles de hombres, mujeres y niños que defendieron París durante 8 días. El calor de esos meses, el olor nauseabundo de los muertos en las calles y el temor por las pestes acabó con la Comuna,³ la primera revolución proletaria.

En los trabajos recibidos para este número podemos encontrar las raíces políticas e ideológicas de los diversos movimientos revolucionarios que ocurrían en el continente europeo. Así, mientras el movimiento independentista de mayo de 1810 en Argentina tiene sus raíces en las violentas conmociones de la revolución francesa, las fuerzas más conservadoras ganaban el territorio institucional de la Junta de mayo y derrotaban a las fuerzas más liberales, como puede interpretarse de la misteriosa muerte de Mariano Moreno en plena travesía hacia Europa.

San Martín tuvo una gran claridad a ese respecto: decidió luchar por la libertad e independencia de la Corona española, pero no tomar partido en la guerra civil.

³ Un corresponsal parisino de un periódico conservador de Londres describe también cómo, frente al cementerio de Père Lachaise, y entre las tumbas, yacen heridos y moribundos abandonados, varios miles vagan aterrados por las catacumbas de la ciudad y muchos de ellos son arrastrados por las calles para ser llevados en montón frente a las ametralladoras, mientras el otro París, el París burgués festejaba en los cafés, bebiendo y jugando al billar y al dominó.





El interior del territorio argentino estaba ganado por las fuerzas ideológicamente más afines al reino de España, tema del que se habla poco, como ocurría con Manuel Belgrano, que apoyaba la independencia de la corona y a los caudillos criollos que la defendían, pero no luchaba por derrocarla. Como economista y abogado, fue un firme defensor del desarrollo industrial, de la educación y de la igualdad de la mujer frente a los varones mediante la educación. Hacia el final de su vida reconoció qué valiosa había sido la actitud de San Martín al negarse a apoyar a uno de los bandos.

Hemos ordenado los artículos recibidos para este Número 16, de ayer a hoy cuando refieren al interior del país, y del exterior hacia adentro cuando la mirada del articulista comienza por el afuera. En todos los casos está presente la conmoción político-ideológica que se produjo en el continente hace dos siglos.

El trabajo de Leandro Morgenfeld, “*Estados Unidos: Trump y la reacción xenófoba contra la inmigración hispana*”, describe la migración europea hacia EEUU entre los siglos XVII y XIX, además de los millones de africanos traídos por la fuerza como esclavos.

El trabajo de dos investigadores paraguayos de Ciencias Sociales –Abel Enrique Irala y Hugo Javier Pereira Cardozo-, “*Violencia armada y avance de la soja en el Norte del Paraguay*”, se analizan las fuertes críticas que recibe la guerra de guerrillas organizada en el EPP (Ejército del Pueblo Paraguayo) y que transmiten los medios. Los investigadores estudian en particular los departamentos de la región oriental –San Pedro, Concepción y Amambay- donde están asentadas una serie de empresas que han pasado del cultivo de la caña de azúcar, el maíz y el algodón al cultivo de la soja, contaminando el suelo y fumigando con agroquímicos. Estos departamentos se han militarizado bajo la asesoría directa de expertos colombianos y

norteamericanos, con la excusa de vigilar al EPP, cuando en realidad, en pleno siglo XXI han vuelto a calificar a los pequeños propietarios de “comunistas”, “terroristas” y otros adjetivos propios de la década del 70. Mediante la represión, expropiaron las tierras de los pequeños propietarios, tal como actualmente se hace en nuestra provincia de Santiago del Estero, donde éstos se han organizado en el MOCASE (Movimiento Campesino de Sgo. Del Estero) y son apoyados y defendidos por militantes de DDHH, organizados en la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH). Veamos ahora los trabajos que se ocupan del interior de nuestro país.

Un artículo escrito con humor, pero que describe una situación parecida a la que acontece en Paraguay, en el sentido que se trata de una denuncia falaz, aunque sus consecuencias son menos graves y pueden ser corregidas tal como lo hace la autora, Ayelen Mereb, que es profesional en ciencias de la comunicación. Su título ya nos advierte: “¡Cuidado! ¡Democracia y docentes hippies en las aulas! Análisis discursivo de un conflicto socioeducativo en Mallín Ahogado. El Bolsón, 1988”. Sus entrevistas muestran una localidad “partida en dos” ideológicamente hablando, entre la población conservadora de antigua data y grupos de docentes jóvenes, de migración relativamente reciente.

Tenemos un excelente trabajo de investigación de Natalia Bustelo “Derecho, extensión universitaria y revolución social. La Reforma Universitaria en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA-1918-1930”, que permite conocer cuáles fueron las mediaciones y los mediadores, que hicieron que –desde la Universidad de Córdoba- se trasladaran los principios reformistas a nuestra Universidad de Buenos Aires, trayendo asimismo el empuje y la fuerza revolucionaria de la Revolución rusa, lejana en el espacio pero cercana en las ideas y en las concepciones de cambio social.





El artículo de Martín Mangiantini, “*El movimiento estudiantil como sujeto. Debates y prácticas en el Partido Revolucionario de los trabajadores, 1965-1968*”, cuyas fracciones estuvieron dirigidas por un lado por los hermanos Santucho en las provincias del Noroeste, y por otro lado por Nahuel Moreno, que se llamó Palabra Obrera. Ambas fracciones practicaron el “entrismo” en el movimiento peronista hasta 1964, en que decidieron fusionarse en el PRT. Uno de los pocos casos de historia político-ideológica que culminó en unidad partidaria.

Recibimos también un trabajo muy especializado de Cristina Calle Espinosa, Silvia London y Stella Maris Pérez sobre “*Migración, pobreza y segregación urbana en una ciudad intermedia como Bahía Blanca*”, las tres autoras son economistas, investigadoras de la Universidad del Sur y del CONICET (becaria la primera de ellas, docentes las otras dos) que analizan los orígenes de los asentamientos en los distintos barrios de Bahía Blanca de acuerdo a los niveles de pobreza y oportunidades.

Se incluye también un excelente trabajo escrito por Javier Waiman, que decide enfrentarse a un tema que pocos autores encaran, precisamente por ser un tema político muy próximo a nosotros: “*La batalla política de los intelectuales kirchneristas. Apuntes para una interpretación de Carta Abierta*”. El análisis es muy respetuoso de los principales miembros del grupo. Quiénes son, qué hacen, qué se proponen. El autor discute –junto con algunos intelectuales del grupo– acerca de las posiciones de izquierda en los 70, acerca de las miradas sobre el peronismo, y de las generaciones que apoyaron, apoyan y todavía hoy rechazan al peronismo. Lo interesante es, además, que casi todos ellos son críticos del kirchnerismo, con lo cual cumplen muy satisfactoriamente su función de intelectuales.

Inés Izaguirre
Diciembre de 2016